

de que era capaz, y este amor le daba tal confianza en la bondad divina y en su protección, que, cuando se trataba de los intereses de su gloria, no encontraba nada imposible, ni temía nada, ni guardaba consideraciones humanas.

Alejandro, fundador de los Ascemetas, de quienes hablaremos en su lugar, cayó en desgracia del emperador, fué arrojado de su monasterio juntamente con sus discípulos, y desterrado despues de habersele azotado despiadadamente. Se obligó á sus religiosos á que lo condujesen, porque á causa de los malos tratamientos, se hallaba imposibilitado de andar. San Hipaco, que conocía su virtud, fué tan vivamente afectado, que, saliendo á su encuentro, lo recibió en su monasterio, hasta que estuvo enteramente curado. El obispo de Calcedonia, que temía que esto sentase mal en la corte, le envió á decir que inmediatamente échase á Alejandro de su monasterio; pero el Santo le respondió que conocía muy á fondo la virtud de Alejandro, por lo cual consideraba que el que le maltratase ofendería á Dios en las niñas, como suele decirse, de sus ojos. Esto, sin embargo, no impidió que se presentasen al dia siguiente algunos oficiales del obispo para arrojar á Alejandro. Antes que estos llegasen, se supo la noticia en el monasterio, alarmándose todos los habitantes de la campiña, que lo tenían en gran veneración, y que vinieron á ofrecer sus auxilios contra los oficiales del obispo. Pero Hipaco que estaba muy léjos de emplear la menor violencia, les respondió que no quería que le defendiesen, y que si era voluntad de Dios que muriese, este Señor era infinitamente poderoso para impedir que se cumpliese su voluntad. En efecto, cuando se preparaba á retirarse juntamente con Alejandro y los religiosos de ambas comunidades, pidieron á los oficiales del obispo que se les permitiese llevar consigo algunos libros para su consuelo espiritual; pero entretanto

se presentó un oficial del emperador, llamado Efito, el cual dijo en voz alta:

« Que se llame á un notario para que dé fe de todos los que se hallan aquí: pues el emperador quiere saber quienes son los que vienen á maltratar á los siervos de Dios. » Al escuchar estas palabras, todos se cubrieron el rostro para no ser conocidos, y se retiraron. De esta manera permaneció san Hipaco tranquilo en su monasterio, y Alejandro se retiró con sus discípulos á quince millas de distancia, en una soledad en que edificó un monasterio muy considerable, que fué habitado por trescientos religiosos.

Queriendo san Hipaco visitar á los hermanos que habitaban el pais de Bitinia regado por el rio Riba, escogió la época en que los paganos celebraban la fiesta de Diana, que se llamaba Kalathi.

Esta fiesta se hacía con gran tumulto, á semejanza de las bacanales: de modo que los caminantes corrían grandes peligros durante esta época, que era de cincuenta dias. Se expusieron, pues, al Santo estos peligros; pero contestó sonriendo: « Dios cuidará de mí durante este viaje, y nada tendré que temer. » Se sintió, en efecto, animado de una fé viva que redobló su valor.

No tardó en experimentar los peligros que se le habían anunciado; pero fué para vergüenza del maligno espíritu. En el camino se le presentó un espectro que tenía la figura de una mujer, pero tan alta como diez hombres, y rodeada de un rebaño de cerdos. No necesitó más que hacer la señal de la cruz para que se disipase este fantasma, que no era sino un espíritu maligno, al que tributaban sacrilego culto aquellos ciegos idólatras durante estas fiestas.

En otra ocasión experimentó también la protección divina de una manera no ménos prodigiosa. Iba á visitar con algunos de sus religiosos á los que habitaban el monte Olimpo, que se halla situado á cien millas de Calcedonia.

Cuando hubieron llegado á la montaña, se cubrió el cielo de oscuras nubes, y se levantó una tempestad horrorosa. Era en el otoño: los que le acompañaban le rogaron que pidiese á Dios que no cayese granizo. Levantó, efectivamente, sus manos al cielo, y por un prodigio digno de admiración, la lluvia que en grande abundancia caía mezclada de granizo, y que se extendía por el espacio de una legua, no les tocó, y llegaron al monasterio á que iban tan secos, como si hubiesen venido con un tiempo sereno.

El historiador de su vida refiere otras muchas maravillas, que nosotros suprimimos por abreviar, y protesta ser verdadero todo cuanto dice: que el celo por la gloria de este Santo no le arrastra á usar de hipérbolos, y por último, que no era sólomente Hipaco, sino el mismo Jesucristo el que obraba en él estas cosas extraordinarias: pues que este Santo le amaba con toda la ternura de su corazón, y ejecutaba su divina voluntad con el más sincero fervor.

Aproximóse el tiempo de su muerte, y Dios le concedió el consuelo de dar ántes sepultura á un excelente solitario llamado Zenón, natural de Alejandría, y que vino de un monasterio situado á orillas del mar Rojo para morir en sus brazos. Este religioso perfecto era ecónomo de su monasterio, compuesto de cincuenta religiosos, que parece ser el de Raitha, saqueado en esta época, como anteriormente lo había sido, por los Blemienses. Zenón fué avisado por una voz celestial para que se trasladase al lado de san Hipaco, á quién Dios había escogido para que cerrase sus ojos, así como también se le reveló que este Santo le sobreviviría muy poco tiempo. Obedeció, pues, á esta orden, y habiendo llegado á las inmediaciones del monasterio, encontró que iba en dirección de una viña, que, no obstante su avanzada edad, se había encargado de cultivar para uso de los enfermos. Su barba y sus cabellos blancos como la nieve, y su aire venerable que inspiraba respeto á

todos los que le veían, le hicieron presumir que era Hipaco, y al saber de su boca que lo era efectivamente, le declaró que Dios lo enviaba para que le diese sepultura. Nada tenía Zenón que previniese en su favor; ántes por el contrario, estaba cubierto de un hábito pobre y rústico, y ocultaba su mérito bajo un exterior bajo y humilde. Hipaco, á quién sólomente guiaba la caridad, le llevó á su monasterio, y se notó que durante los diez días que Zenón estuvo en él, trabajó más que ninguno otro.

Al cabo de este tiempo vió que iban á enterrar á un religioso, y pidió al Señor que le concediese esta misma gracia. Cayó enfermo aquel mismo día, y murió á los seis. Después de su muerte se encontró bajo los hábitos un documento auténtico, en que constaba haber sido elevado al sacerdocio, cuyo carácter había ocultado por humildad, y que fué confirmado algún tiempo después por uno de sus hermanos, que vino al monasterio de Rufino.

En cuanto á san Hipaco, después de haber gobernado durante cuarenta años su comunidad, y honrado su sacerdocio con la santidad de su vida: después de haber visto morir á cincuenta de sus religiosos, no sobrevivió más que tres meses al solitario Zenón, estando ya dispuesto, cual sazonado fruto, para el cielo, no por su edad que era entonces de ochenta años, sino por la elevada perfección á que había llegado. Sintiendo, pues, que se acercaba su fin, congregó á sus religiosos, y les habló de esta manera. « No pasarán tres meses sin que el Señor descargue sobre la tierra el peso de su cólera: así es que es para mí más consoladora la muerte, que ser testigo de las tribulaciones que han de afligir al mundo. Pensad, pues, en vosotros mismos, pues yo he terminado mi carrera, y sed fieles al Señor: obrad vuestra salvación con temor, y seguid exactamente las reglas que os he prescrito, y de que he procurado daros ejemplo. Yo espero que, si realizais la obra de

Dios con fidelidad, nunca os abandonará; que experimentaréis su misericordia como yo mismo la he experimentado, y por último, que coronará vuestra paciencia con una gloria que no tendrá fin. Con estas condiciones os reconoceré como verdaderos hijos, y habitaremos juntos los tabernáculos del Señor.»

Excelente instrucción para los religiosos, que deben considerar que los fundadores de sus órdenes no reconocen en la presencia de Dios como á hijos, más que á los que han sido fieles observantes de sus reglas. Sin embargo, los de san Hipaco no pudieron oírle sin deshacerse en amargo llanto, pues veían que no deseaba otra cosa que la muerte. Su enfermedad duró cinco días, y al sexto, que era domingo, dijo: «Llamad á todos los hermanos, para que yo les dé por última vez la santa comunión.» Pero ántes quiso dar á cada uno en particular su bendición, y fué arrobado en un éxtasis, durante el cual se le oyeron estas palabras: «Venid, regocijémonos en el Señor.» En seguida, y mientras que daba á sus religiosos la santa Eucaristía, cantaron estos algunos salmos; pero las lágrimas que brotaban de sus ojos, apagaban sus voces.

Parecióles durante este tiempo que los ángeles venían á recibir su alma, con lo cual se cambió en gozo su tristeza, y entonaron el salmo: *venid, regocijémonos en el Señor*, Volvió el Santo á caer en su éxtasis, y como si viese obispos que venían á llevarle consigo, les pidió su bendición, la cual le otorgó uno de ellos. Su pobre lecho estaba rodeado de clérigos, de monjes y de muchos de sus amigos, que habían corrido al monasterio para recibir su bendición. Dióselo efectivamente á todos cual padre cariñoso, y entregó su espíritu al Señor, dejando en su monasterio cincuenta religiosos, que encomendó muy encarecidamente al que había de sucederle en su dirección.

Muchos prelados y un gran número de siervos de Dios

que le habían tratado íntimamente, se congregaron para celebrar sus exequias. La afluencia de pueblo fué extraordinaria, concurriendo de todos los parajes vecinos y de diferentes monasterios con autorchas encendidas, y en medio de cánticos y salmos se le condujo al oratorio, en que los religiosos hacían sus oraciones, depositándolo en un sepulcro de piedra, mientras se concluía el que estaba construyendo á sus expensas el cubiculario Pedro. Pero cuando se iba á colocar en la tumba, se arrojó el pueblo sobre su cuerpo, queriendo cada cual arrebatarse un pedazo de hábito, de modo que costó mucho trabajo darle sepultura.

No habían transcurrido treinta días, sin que se dejasen sentir las desgracias que había vaticinado. Primeramente cayó una fuerte granizada que destruyó todas las viñas, y cinco meses despues se dejó sentir un terrible terremoto, y los hunos que, en diferentes irrupciones habían llegado de la Tracia, se hicieron tan poderosos, que llegaron á apoderarse de cien ciudades. Poco faltó para que llegasen á la misma Constantinopla, de donde se habían retirado muchos habitantes, y la mayor parte de los religiosos se refugiaron en Jerusalem, para estar más lejos de estos bárbaros.

Es imposible describir los excesos de crueldad que cometieron en esta provincia. Por todas partes la inundaron de sangre: saquearon las iglesias y los monasterios, asesinaron á los monjes y religiosas, y devastaron todo el país. «Nosotros pudimos salvarnos, dice el historiador de la vida del Santo, lo que demuestra que era uno de sus discípulos: recordamos lo que nos dijo poco ántes de su muerte, y ¿como lo hubiera sabido este santo hombre, si Dios no se lo hubiese revelado?»

San Hipaco tenía una hermana que, habiendo quedado viuda, se santificó en su estado, siguiendo fielmente las

reglas prescritas por san Pablo. Murió ésta tres días ántes que el Santo, y dejó una hija que, despues de contraer matrimonio y de tener una hija, abrazó, lo mismo que su marido, la vida religiosa. El fué elevado al diaconado, y ella llegó á una grande perfección en el monasterio en que se había retirado. De esta manera, según hace notar su historiador, este Santo que tan fielmente había imitado las virtudes de san Antonio, tuvo, como éste, una hermana única, que se consagró al Señor, y tuvo también la dicha de contemplar á este santo patriarca en una visión, en medio de los Apóstoles, y de recibir su santa bendición. Es de creer que san Hipaco muriese el año 446, acerca de lo cual puede verse á los Bolandistas.

DISCIPULOS Y DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN HIPACO.

San Hipaco tuvo cien discípulos, cincuenta de los cuales le sobrevivieron. Quedaron estos muy unidos entre sí, y continuaron conduciéndose cual si su padre estuviera presente, y recordando sin cesar las excelentes instrucciones que les había dado. De esta manera su monasterio fué objeto de edificación, y glorificó mucho al Señor con la exactitud que se observaba en el oficio divino y con la práctica fiel de la regla.

El ejemplo de sus virtudes, así como sus conmovedoras exhortaciones y sus extraordinarios milagros poblaron el monasterio. Su historiador cita entre sus discípulos á Aquila, que, habiendo sido casado, vino á ponerse bajo su dirección, llevando á cinco hijos, que quisieron seguir su ejemplo,

así como á una esclava, que habitó en una celda inmediata al monasterio, y en que se santificó con los ejercicios de piedad. Entre sus hijos se distinguió uno llamado Benjamin, que en poco tiempo hizo grandes progresos en la virtud, y se preparó santamente para el cielo. Habiendo caido gravemente enfermo el Santo, se afligió de tal manera este jóven, que rogó fervorosamente al Señor morir en lugar de este santo abad, que tan útil era para los religiosos y para los pobres. Dios escuchó su oración, pues murió despues de tres dias de enfermedad. En cuanto á Aquila, llegó á una edad muy avanzada, y se hizo digno de elogio por la regularidad de su conducta.

Monaxo, consular muy poderoso, tuvo cuatro hombres de su comitiva, que le abandonaron para hacerse monjes bajo la disciplina del Santo. Envió al punto emisarios para que averiguasen su paradero, sobre todo el de uno de ellos que era pariente suyo, y á quien amaba entrañablemente. Apoderáronse de uno de ellos llamado Pablo, al que Monaxo hizo azotar y encerrar en una prisión; pero durante la noche un ángel le puso en libertad, y por este medio pudo unirse á san Hipaco. Supo, al fin, Monaxo en donde se hallaban, y envió á decir al Santo que se los devolviese; pero éste le respondió que no era justo quitarlos á Dios para entregarlos á él, y que, si quería usar de violencia, podía venir al monasterio para arrebatarlos del lugar santo en que habían querido refugiarse.

Semejante respuesta embarazó á este señor, al mismo tiempo que le habían infundido temor la libertad milagrosa de Pablo y la santidad de Hipaco. Tomó, pues, el partido de enviar algunos sacerdotes para que rogaran al Santo que se presentase á él. Excusóse en un principio, y aún se le aconsejó que no lo hiciera, no fuese que, una vez estando en su poder, lo encarcelase hasta hacerle entregar á sus cuatro servidores. Sin embargo, ninguna de estas consideraciones